

Cuentos para gente impaciente

@@@@

Javier de Ríos Briz

Licencia Creative Commons: Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 España

Más información:

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/es/>

Para Ana y los trillizos:

Iban, Irene y Sergio.

Estos cuentos tienen ya unos añitos a sus espaldas; la mayor parte de ellos son de 1998 y 1999, y algunos resultaron premiados o finalistas en concursos literarios como el Certamen de Cuentos Ayuntamiento de Muskiz, el Concurso de Cuentos Ortzadar del periódico DEIA, o el Concurso de Cuentos Valle de Gordexola.

No son excesivamente buenos, ni están pulidos, pero creo sinceramente que son relatos que merecen la pena, que tienen la frescura que proporciona escribir lo que realmente te da la gana, y cierta calidad literaria refrendada, como he dicho, en pequeños concursos. Por otro lado, me niego a corregirlos o mejorarlos porque perderían parte de esa frescura y porque el tiempo para hacerlo ya pasó.

Autopublicándolos en su versión de papel con la ayuda de Bubok pero sin depender de ninguna editorial convencional

pretendo cerrar un ciclo. Espero también terminar con un largo período en el que apenas he escrito una docena de microrrelatos, y comenzar una etapa creativa.

Cualquier lector con cierta curiosidad y que disponga de conexión a Internet me puede encontrar en mi web, <http://www.guiadeconcursos.com>, que alberga dos blogs: la [Guía de concursos literarios](#) con información sobre certámenes, blogs y literatura, y [La viga en mi ojo](#), mi blog personal, con artículos de opinión sobre cultura, Internet, tendencias y actualidad.

La momia

El buen hijo

El arte de contar

El genio

Mi capitán

La vida sigue, papá.

La matanza

El mensaje

El último golpe

El desaparecido

La perfección de los surcos

Para gustos están los colores o el erotismo de los fracasados

Secretos de familia

Monólogo para un sonotone

LA MOMIA

¿La mayor aventura de mi vida? La mayor aventura de mi vida la viví cuando tan sólo tenía ocho años, aunque recuerdo lo que sucedió como si lo estuviera viendo ahora. Y ya que tengo un auditorio tan atento no me importa contarlo una vez más, porque nunca me cansaré de hacerlo.

Como ya he dicho tenía ocho años, y en aquella época mi familia y yo pasábamos los veranos en el pueblo que vio nacer a

mi padre. Los días transcurrían tranquilos, sin sobresaltos, y toda la chavalería, tanto nativos, como los hijos de los veraneantes nos dedicábamos a actividades típicas de la estación veraniega y el lugar en el que nos encontrábamos, como por ejemplo bajar todos juntos a bañarnos en el río, y después, todavía mojados, jugar un partidillo de fútbol sobre la hierba.

Pero las noches, las noches eran totalmente diferentes, porque por las noches había cine. A las diez de la noche, después de cenar, todo el pueblo se congregaba en la plaza. Los hombres se encargaban de montar la gigantesca pantalla blanca, las mujeres de ordenar las sillas en hileras, con más voluntad que acierto, y los niños, los niños nos dedicábamos a molestar a unos y a otros con el mismo empeño, emocionados ante el acontecimiento, que no por repetirse cada noche, nos dejaba de parecer lo más emocionante del verano.

Las sillas eran plegables, un préstamo que nos hacía don

Mariano, el párroco, con la condición de que todas las noches, tras la proyección de la película volvieran a su emplazamiento cotidiano, apiladas en una pared de la enorme sacristía. Al principio no las quería ceder, aduciendo que estaban destinadas a otro tipo de actividades, pero en el pueblo de mi padre son muy brutos, y convencieron a don Mariano asegurando que si no permitía el uso de las sillas, entrarían en la iglesia y desclavarían los bancos del suelo, así que no tuvo más remedio que claudicar.

El alcalde del pueblo en persona era el encargado de dirigir la proyección, lo que incluía poner y quitar los enormes rollos que contenían la película en la imponente máquina cinematográfica, a la que supongo hoy en día durmiendo su vetustez en algún museo del ramo.

La mayoría de las películas eran de miedo, de las que estaban de moda aquellos días. En el más rancio blanco y negro buceaban con comodidad personajes como Frankenstein,

Drácula, algún que otro hombre-lobo, y el que a mí más me impresionó: la momia.

En aquellas maravillosas veladas nocturnas fue donde conocí a mi amigo Carlos. Apareció ese verano por primera vez, y no tardó en unirse a mi pandilla de inseparables, que cada noche nos poníamos en primera fila, sentados en el suelo delante las sillas, desatendiendo los sabios consejos de nuestros mayores. Si hubiéramos sabido algo de ellos, todos habríamos asegurado que las personas más influyentes en nuestras vidas eran, sin lugar a dudas, los hermanos Lumière y su ingenioso invento.

En las escenas más terroríficas la plaza del pueblo se veía invadida por los gritos. Nosotros éramos los que más gritábamos, con la excusa de que nos burlábamos de las chicas jóvenes, cuando en realidad era una fabulosa válvula de escape para nuestro miedo. Y si bien éramos los más predispuestos al pánico, también éramos los únicos que realmente nos creíamos

todo lo que la pantalla reflejaba, y aquella credulidad era la raíz de nuestro terror.

La noche que una horrenda momia nos hizo chillar a todos como posesos, Carlos se acercó a mí al acabar la película, y me susurró al oído:

- Si quieres ver una momia, yo te puedo enseñar una.

- ¡Anda, de qué vas! ¡Tú te crees que soy tonto! -respondí.

- Tu verás. Si quieres verla, tienes que estar mañana aquí

mismo a las cinco de la tarde.

- ¿Y por qué no por la mañana?

- Por la mañana tengo cosas que hacer. Me voy, que me

llama mi madre.

Y dicho esto desapareció entre el grupo de gente que ayudaba a guardar las sillas en la sacristía, bajo la supervisión de don Mariano, que con esa excusa veía todas las noches la película, aunque por las mañanas renegaba contra las historias, según él diabólicas, que le habían hecho disfrutar horas antes.

Aquella noche casi no pude dormir, pensando en las momias, en la de la película, y en la de verdad, que Carlos había prometido enseñarme. Pasé la mañana incordiando por la casa, hasta que mi madre, enfadada, me mandó a ayudar a la abuela con las gallinas. Después de comer estuve preguntando por la hora a cada instante, hasta que dieron las cinco menos diez, y me fui de casa corriendo, sin decir a nadie a donde iba.

Carlos me estaba esperando en la plaza, apoyado en la fuente, que un verano más estaba casi seca.

- Vamos -me dijo.

- ¿A dónde?

- A ver a la momia, ¿a dónde va a ser?, ¿no te rajarás ahora, no?

- Yo nunca me rajo -dije, disimulando un aplomo que estaba muy lejos de sentir.

Me deje guiar hasta las afueras del pueblo, donde únicamente había una casa, en la que nunca había estado. A

unos doscientos metros del pequeño edificio de piedra, Carlos me hizo parar, y me puso una mano en el hombro.

- No te acerques demasiado, puede ser peligroso, ya viste la película de anoche - dijo en voz baja, mirándome con mucha seriedad.

Llegamos hasta la puerta de la casa. A mí me temblaban las piernas, sublevándose alocadas a mi control. Carlos levantó la cortina, único obstáculo para franquear la entrada, y me dijo:

- Pasa, yo te espero aquí.

Así lo hice, dominando a duras penas los nervios que me atenazaban. Me encontré en un pasillo fresco y oscuro, y durante unos instantes no pude ver nada, debido al fuerte contraste con la claridad exterior.

Y de repente la vi. VI A LA MOMIA. Vi su rostro pequeño y arrugado perfilándose en la penumbra.

Juro que nunca he gritado tanto como aquel día. Me llevé las manos a la cabeza, y escapé de allí, chillando aterrorizado.

Ni siquiera me paré a decirle nada a Carlos, con el que tropecé al salir.

¿Qué pasó? ¿Queréis saber que pasó? Pues que el castigo fue de campeonato. Una semana sin salir de casa, por haber arrancado a gritos de su siesta a la abuela de Carlos, que aquel bendito verano acababa de cumplir ciento tres años. Muchísimos, en verdad, pero no tantos como para ser una momia. Pudo haberle dado un ataque al corazón por mi culpa aquella tarde. Días después me levantaron el castigo porque fui a verla a su casa, con unas pastas como regalo, y le pedí perdón por el susto que se había llevado, o mejor dicho, por el susto que nos habíamos llevado los dos, y os puedo asegurar que me pareció una viejecita encantadora, nada que ver con la malévola y vengativa momia de la película.

Por supuesto que me vengué de Carlos ese mismo verano, pero eso ya es otra historia, y la quiero dejar para otro día.

EL BUEN HIJO

- Buenos días, mamá, ¿quieres que te bañe hoy, o lo dejamos para mañana? -Pablo realizó esta pregunta mientras subía la persiana con estruendo, dejando que la claridad entrara a raudales en el cuarto de su madre.

- Báñame hoy, hijo.

Pablo abrió la ventana de par en par, para que se ventilara el cargado ambiente de la habitación. Después se situó en un

lateral de la cama, destapó por completo a su madre, y cogió en brazos, con delicadeza, el frágil cuerpecillo de su progenitora.

Una vez en el baño manipuló simultáneamente los dos mandos del grifo de la bañera, el del agua fría y el del agua caliente, sabiendo que la mezcla iba a alcanzar la temperatura deseada, con esa seguridad que nos regala la costumbre.

- ¿Quieres mear primero, mamá?

- Sí.

Todas las mañanas, precisamente en el momento en que le quitaba a su madre el pañal, y le remangaba uno de sus camisones de flores hasta la cintura, Pablo veía como su cabeza se obturaba por culpa de los recuerdos.

- Agárrate con fuerza a las barras, mamá; ya te lo tenías que saber de memoria a estas alturas.

Pablo no podría olvidar nunca aquel día en el que dos asistentes sociales se presentaron en su colegio, interrumpiendo una soporífera clase de latín, para comunicarle que sus padres

habían tenido un accidente de tráfico. “Alea iacta est”. Lo irónico es reconocer que durante unos instantes sólo pudo pensar en lo agradecido que se sentía porque lo habían liberado de la tortura latina que infligía a diario el padre Andrés.

En un primer momento no le explicaron nada más; lo recluyeron en una residencia para niños con problemas, y le iban dando las noticias con cuentagotas. Entre noticia y noticia sesión de una hora de terapia con el psiquiatra. Primero la muerte de su padre, después la larga convalecencia de su madre, y por último, las consecuencias: “Tu madre se ha quedado parapléjica, no va a andar nunca más, de hecho no va a poder mover su cuerpo de cintura para abajo. Los médicos han hecho lo que han podido para evitar lo inevitable, en fin...”

Y después, otra horita de psiquiatra. Ni siquiera se molestaron en explicarle mejor lo que iba a significar para ambos, madre e hijo, aquella dolencia de extraña denominación, y mucho menos el psiquiatra, cuya terapia consistía en escuchar

con cara de sota lo que Pablo tuviera que decirle, sin abrir la boca durante los cincuenta y cinco minutos exactos que duraba la sesión. Aunque la verdad es que Pablo no tardó demasiado en comprobar por sí mismo lo que escondía detrás el misterioso nombre de paraplejía.

Mientras su madre orinaba, Pablo cerró los grifos de la bañera, sin dejar de vigilarla con el rabillo del ojo. Después la alzó otra vez en brazos, y la sentó con suavidad en el fondo de la bañera.

- Agárrate, mamá, que para eso he puesto todos esos asideros. Parece mentira que te lo tenga que repetir todos los días.

Pablo enjabonó el cuerpo de su madre con el mismo mimo que emplearía un cirujano en una operación a corazón abierto, sosteniéndola con un brazo y manejando la esponja con destreza con el otro.

- Hoy no te lavo el pelo, mamá, lo dejamos para mañana.

- De acuerdo, hijo, ya haces bastante por mí.

- Sólo hago lo que tengo que hacer. Lo que pasa es que

hoy tengo un encarguito de parte de los jefes.

No había pasado ni una semana desde que le comunicaron las limitaciones físicas que iba a tener que arrastrar su madre, y Pablo ya era perfectamente consciente del riesgo que corrían, de las numerosas posibilidades con las que contaban ambos para ser futuros inquilinos de alguna institución benéfica, donde les pudieran atender convenientemente. ¿Qué iban a hacer solos, cómo se iban a enfrentar a la vida cotidiana, una parapléjica y un chaval de trece años? Pero recibieron una ayuda inesperada, la de los jefes del padre de Pablo, que consiguieron que les permitieran seguir juntos, recibiendo la ayuda de una asistente social por las mañanas, y sometidos a una férrea inspección mensual hasta que Pablo fuera mayor de edad. Pasados los primeros años, los más complicados sin duda, ya llevaban arreglándoselas solos más de tres décadas.

Pablo sólo adquirió un compromiso a cambio del amparo obtenido: sustituir a su padre, ser tan fiel como él lo había sido, relevarlo en todas sus ocupaciones en cuanto cumpliera los dieciocho años, y si era posible, antes.

Pablo secó a su madre con una toalla que había tenido durante un rato apoyada en el radiador, para que se mantuviera tibia.

- ¿Quieres desayunar algo?

- No, hoy no.

- Dentro de una hora viene la muchacha, si quieres algo pídeselo a ella. ¿Dónde te pongo, en la silla, o en el sofá del salón?

- Ponme en el sofá. Y me traes lo de coser. ¡No! Hoy es jueves, mejor me pones la tele, que quiero ver un programa nuevo.

Pablo vistió a su madre con lo mejor que encontró en el armario. Aunque no fuera a salir de casa, no había razón para

que estuviera hecha un desastre. También cepilló su canosa cabellera, y la recogió en una trenza con más o menos acierto.

Después de dejar a la anciana en el sofá y encender la televisión, se dedicó la siguiente media hora a sí mismo, para afeitarse correctamente y vestirse de manera impecable. Sus jefes exigían la máxima elegancia a todos los empleados.

- Adiós, mamá, volveré a tiempo para hacerte la comida.
- Vete tranquilo, hijo, no hay cuidado.
- Vale, la muchacha no tardará en llegar.

Pablo desapareció cerrando la puerta tras de sí, y estuvo fuera casi cuatro horas. Cuando regresó, después de haber cumplido con el trabajo encomendado, encontró a su madre en el mismo sitio en que la había dejado, medio adormilada, a pesar de que la tele seguía encendida. Pablo la sacudió los hombros suavemente.

- ¿Qué pasa, hoy no ha venido la muchacha, o qué?
- Sí, pero sólo estuvo media hora, tenía que ir a más sitios.

¿Me llevas al baño, hijo?

- ¿Tienes ganas de mear?

- Y de lo otro, hijo, y de lo otro.

Pablo cargó con el cuerpo de su madre, como siempre, pensando que cada vez pesaba menos, que se le iba consumiendo entre los brazos. La desvistió, y la colocó en la taza del water, el trono, solía decir ella con sonrisa melancólica. La sonrisa, ese era el único rasgo en el cual Pablo veía a su antigua madre, escondida detrás de la actual.

Cuando su madre hubo acabado, Pablo la levantó, la sujetó con un brazo, y la limpió con la mano libre. En esos momentos la madre de Pablo siempre sentía la necesidad de decir algo, viva muestra de que continuaba siendo una situación incómoda para ella, a pesar del tiempo transcurrido, y a pesar de que no era nada nuevo para ninguno de los dos.

- ¿Qué tal el encargo, hijo?

- Bien, mamá, era sólo un aviso, ya sabes.

- ¿Le has partido las piernas como siempre?

- Si, mamá, como siempre, como me enseñó papá a hacer.

- ¿Y si no paga?

- Si no, ya sabes, matarile.

- Tu padre estaría orgulloso de ti, hijo mío.

- Lo sé, mamá.

Pablo subió las bragas a su madre, y le colocó el vestido

lo mejor que supo. Después abrió el pequeño armario que ocultaba el espejo, sacó un pequeño frasco, y le echó a su madre unas gotas de su perfume favorito en las sienes, como a ella siempre le había gustado.

“Un escritor, atajé, no tiene por qué
comprender a los hombres.

Le basta comprender a sus personajes,
pero incluso esto no es necesario.”

El cuento de Sirena. Gonzalo Torrente Ballester

EL ARTE DE CONTAR

Todo comenzó un verano, cuando el abuelo Pascual se empeñó en enseñar al pequeño Daniel a sumar. “Para que vaya adelantando trabajo del nuevo curso”, dijo como apoyo a su decisión. “Deje al chaval que disfrute de las vacaciones, padre”,

rebatíó Marisa, la madre de Daniel, “que para eso ya están los maestros”.

Pero no hubo manera, el abuelo Pascual era y sigue siendo muy testarudo, y si se le mete una idea en la cabeza, no ha nacido el mortal que pueda disuadirle de seguir adelante con ella.

Así que fue a buscar la arrugada libreta que su mujer usaba para apuntar los litros de leche que vendían a los vecinos, y el flamante bolígrafo que le había regalado días atrás el comercial de la casa de piensos. El abuelo Pascual sentó al niño en sus rodillas, que accedió a recibir una improvisada clase de matemáticas sin rechistar, y empezó a escribir con grandes caracteres: 50.

- ¿Sabes qué número es éste, Dani?

- Sí, abuelo, el cincuenta.

- Sí señor, muy bien, chaval.

Debajo del primer cincuenta, escribió otro idéntico, y

debajo de ellos trazó una línea más o menos recta, con esmero, como si se enfrentara a una obra de artesanía. Después procedió a hacer la suma, mientras le explicaba al niño en voz alta lo que estaba haciendo, intentando adoptar un estilo lo más didáctico posible: que si cero más cero es cero, que si cinco y cinco diez, y nos llevamos una, y como hemos acabado ponemos el uno delante..., y ya está: cincuenta más cincuenta, cien.

- ¿Te has enterado, Dani?

- Sí, pero no me lo creo, abuelo. -dijo el niño con esa bendita sinceridad que todos perdemos al entrar en la adolescencia.

- ¿Cómo que no te lo crees?

- Como que no me lo creo -aseguró el rapaz testarudo, y después amenazó- y si no me lo demuestras, no pienso estudiar nunca más.

- ¡Jodío crío! -murmuró el abuelo entre dientes.

- ¿Qué dices, abuelo?

- ¡Nada! Ven aquí conmigo. Vamos a dar un paseo.

Todos los que vieron pasar al abuelo y al nieto, veían sorprendidos como ambos se iban agachando de vez en cuando para coger con mimo diminutas piedrecitas, que después introducían con cuidado en una bolsa de plástico que portaba el anciano maestro.

Ya de vuelta en la casa, el abuelo se preparó para dar una clase magistral a su nieto, en la que demostraría la suma que habían hecho antes. Para ello sacaron al pequeño corralillo dos sillas, y el abuelo Pascual comenzó a contar piedrecitas con paciencia.

- ...cuarenta y nueve, y cincuenta. Bien ahora voy a hacer otro montón como éste. ¿Me sigues Dani?

- Sí, abuelo.

El abuelo Pascual hizo dos montoncitos idénticos de cincuenta piedrecitas cada uno, y luego juntó los dos.

- ¿Ves? Los he juntado, es decir, los he sumado. Ahora voy a volver a contar las piedrecitas, y ya verás como hay cien.

- Noventa y cinco..., noventa y seis..., noventa y siete..., noventa y ocho..., noventa y nueve..., cien..., y ciento uno. ¡Me cago en la hostia!

- ¿Qué dices abuelito?

- Nada, Dani, nada, que algo ha fallado, pero tranquilo, que yo te lo demuestro, como que me llamo Pascual, yo te lo demuestro.

Y con paciencia, separó las pequeñas piedras, volvió a hacer dos montones de cincuenta, volvió a juntarlos y contó de nuevo. El pequeño Daniel no perdía ojo, y seguía extasiado las evoluciones de su abuelo.

- Noventa y siete..., noventa y ocho..., noventa y nueve. ¡Me cago en la mar serena!

- ¿Qué pasa abuelo? ¿Qué lo de las sumas es mentira?

Eso pensaba yo, que es un invento para fastidiar a los niños.

Siete veces más lo hizo aquel mismo día, con diferentes métodos, y las piedras resultaron ser tan testarudas como él. Unas veces contaba noventa y nueve, y otras ciento dos, pero nunca, nunca, cien, ni por casualidad. Siempre hacía primero los dos montones de cincuenta, porque si no la demostración de la suma no sería válida, y al juntarlos nunca hallaba cien piedrecitas.

Por fortuna, el pequeño Daniel no cumplió sus amenazas. Ahora, el pequeño Danielito mide uno noventa y cinco, y está a punto de doctorarse en ciencias exactas. De vez en cuando visita a su abuelo, que sigue allí, en el pueblo.

Ha transcurrido el tiempo, inexorable como siempre, pero no pasa un sólo día sin que el abuelo Pascual cuente sus piedrecitas, siempre con idéntica mala fortuna. Cuando va de visita, Dani le observa en silencio, pero no se atreve a colaborar; él prefiere creérselo sin más.

- Los matemáticos sólo demostramos las cosas sobre el

papel -se suele justificar- dejamos ese tipo de experiencias a los físicos, o a gente como el abuelo, que tienen tiempo para las pruebas empíricas.

Y el abuelo Pascual sigue a lo suyo, cuenta que te cuenta, porque siempre ha sido muy testarudo. Tal vez lo hace porque si no consigue demostrar esta pequeña suma, pueden derrumbarse otras muchas cosas que el suele dar como ciertas. Creo que ya lleva así veinte años, o tal vez veintiuno, no sé, que es que lo de contar parece fácil, sí, pero como todo, el arte de contar requiere poseer ciertas habilidades, que no todos tenemos.

EL GENIO

El hijo de Silvia y Carlos nació un martes y trece a las doce de la mañana. “El parto ha sido muy sencillo”, comentó el doctor Bienvenido, “parece que el crío tenía ganas de salir”.

El doctor y su enfermera abandonaron la habitación, para que los neófitos padres pudieran conocer a su hijo. Repentinamente el niño salió disparado de los brazos de Silvia, y dando un triple salto mortal, aterrizó en el frío suelo de la

habitación. Manteniéndose erguido sin aparente dificultad, comenzó a hablar sin darse importancia:

- ¡Hola! Soy El genio. Y he venido para concederos tres deseos.

- Nosotros habíamos pensado ponerte Eugenio.- murmuró Carlos.

- ¡Concedido! Soy Eugenio, pues.

- ¡Qué majo el chaval! Nos ha salido listo -comentó Silvia, todavía tumbada en su camilla en postura de piernas abiertas.- Ojalá estuviera aquí la abuela para verte.

- ¡Concedido!

Y la abuela apareció en una esquina de la habitación, pero no tardó en caerse al suelo con ataúd y todo.

- ¡Ay, qué me da algo! -dijo Silvia entre suspiros- Necesito un médico.

- ¡Concedido! Ya tienes tus tres deseos, pero que conste que en el último te has precipitado, porque el doctor Bienvenido

ya venía hacia aquí.

Y dicho esto el pequeño Eugenio juntó sus manitas, como si se fuera a tirar a una piscina, y empezó a introducirse en la vagina de su madre. En un abrir y cerrar de ojos desapareció, y la barriga de Silvia recuperó el volumen perdido.

Los dos se quedaron mudos, hasta que Carlos dijo:

- Un poco cabroncete el Eugenio este, ¿no crees?

MI CAPITÁN

- Padre.

- ¿Qué?

- ¿Pa cuando me va a dejar usted la escopeta? Ya tengo

trece años.

- Pues pa cuando tengas catorce, entonces.

- ¡Joder! El año pasado dijo usted, que pa cuando tuviera

trece.

- Pues ahora digo que pa cuando tengas catorce. Fíjate tú

por donde. ¡Y cállate de una puta vez y no digas “joder”, o te parto la cara!

Jorge no pudo resistirse. La escopeta colgada encima de la chimenea parecía un adorno más que una herramienta para la caza, siempre brillante, siempre puesta a punto por el patriarca de la familia. Así que Jorge no pudo resistirse, y la cogió sin permiso. Padre estaba en el campo con Daniel, el hijo mayor, y madre estaba en casa de doña Pura, ayudando en las labores, que todo el mundo sabe que doña Pura está ya muy mayor, y lo único que tiene en buen estado es la economía.

Nadie se enteraría si la escopeta volvía a su emplazamiento cotidiano antes del mediodía. Por supuesto que todo el pueblo oiría los disparos, pero el bosque estaba plagado de cazadores furtivos, ocupados en esconderse unos de otros, y de paso, de los guardias forestales.

El sol estaba ya bastante alto, y los tentáculos de luz

conseguían colarse a duras penas entre las tupidas copas de los árboles. Jorge se sentía muy satisfecho de sí mismo, caminando con la escopeta sobre el hombro, y el fiel Capitán correteando a sus pies.

Capitán era un perro mestizo, con sangre de mil razas corriendo por sus venas, aunque se adivinaba que algo tenía de perro de caza; quizás esas orejas, esa forma de levantar el rabo cuando olisqueaba algo, pero sobre todo su saber hacer, su saber estar...

Jorge creyó oír algo.

- ¡Sshhh! ¡Busca, capitán, busca!

Capitán levantó la cabeza, y olisqueó a su alrededor. De repente, se quedó inmóvil, y un instante después se perdió en la espesura, siguiendo un rastro de algo, de algo vivo.

Jorge corría detrás con el arma preparada, sosteniéndola entre las manos de forma muy poco ortodoxa, debido quizás a la falta de costumbre.

Ya estaba a punto de desistir y pararse, cuando vio una liebre desaparecer entre los matorrales. Forzó a sus manos sudorosas para que le obedecieran, y ejecutaran el ritual del disparo, que resonó unos segundos eternos en las paredes de aquella catedral verde.

Jorge buscó a su presa con ansiedad, y sólo encontró a Capitán, desangrándose detrás de un árbol, con una perdigonada firmada por Jorge cerca de su cuello. Demasiado; demasiado cerca de la yugular. Capitán miró a Jorge con los ojos vidriosos, intentando destilar los interrogantes que asolaban su mente perruna, pero ya no le vio. Ya no vio nada, porque dicen que la Parca no se molesta en venir a recoger a los perros.

Jorge se sentó en el suelo, y cogió la cabeza de Capitán con las dos manos. Y lloró, pero no lloró de pena. Lloró de miedo.

- ¡Padre! ¡Padre me mata!

LA VIDA SIGUE, PAPÁ

Creo que me estoy acostumbrando a despertarme todas las mañanas con una desconocida a mi lado. Aunque se me hace un poco raro pensar que ella me quiere mucho, y que yo antes la quería todavía más.

Me ducho como puedo gracias a que en la pared del baño hay dos agarraderas metálicas que alguien instaló para mí. O quizás siempre han estado ahí.

Me visto como todas las mañanas, con parsimonia. Dentro

de un viejo armario, ya casi tomado por las termitas, voy encontrando mi ropa. Las camisas, colgadas de las perchas, en silenciosa procesión, soñando probablemente con viejos maniqués, que a su vez sueñan con camisas, tirados en un viejo almacén. Los pantalones, primorosamente planchados, repartidos, unos en perchas, otros en cajones.

Al pie de la cama encuentro un par de zapatos de cordones, negros, brillantes.

No puedo evitar fijarme que los cajones de la cómoda lucen unos pequeños cartelitos pegados con cello, pero no distingo bien lo que pone en ellos. Llevado por una intuición, abro el primer cajón de la mesita de noche; se supone que la mía, porque hay una a cada lado de la cama. Acierto: hay dos pares de gafas, así que me pongo unas, e intento leer los cartelitos de la cómoda. Veo peor que antes, así que pruebo con el otro par. Sí, ya veo lo que pone, el de arriba dice CALCETINES, el segundo CALZONCILLOS, y el de abajo

CORBATAS y PAÑUELOS. Supongo que mi mujer es una maniática del orden, y necesita poner estos letreros para organizarse. El caso es que en la cocina continúa el baile de nombres, que si CUCCHARAS por aquí, que si TAZAS y VASOS por allá. No haría falta tanto mensaje, si se guardaran todos los días las cosas en su sitio, como Dios manda.

Me preparo un café con leche, y el primer sorbo me sabe muy amargo. Como no encuentro el azúcar le echo seis o siete pastillas de SACARINA, EDULCORANTE DIETÉTICO. ¡Dios, sabe a rayos!

Salgo a la terraza para comprobar qué día hace. La temperatura es buena, pero no veo un pimiento a lo lejos, así que vuelvo a la habitación y cambio de gafas. Mi mujer sigue durmiendo como una marmota. Parece no importarle lo más mínimo el hecho de que ya sean las siete de la mañana.

Vuelvo a asomarme a la terraza, y esto ya es otra cosa. Sin dificultad veo el puerto, donde una pléyade de hombres y

máquinas trabajan cargando y descargando mercancías, y algún inmigrante ilegal que otro. ¡Pobrecillos, aquí ya nadie recuerda cuántos de nosotros tuvimos que salir fuera! Desde aquí los grandes contenedores parecen azucarillos de colores. Esto me recuerda el horrible sabor de la SACARINA, EDULCORANTE DIETÉTICO.

Alguien ha dejado mis llaves tiradas en la mesa de la cocina. En lugar de colgar de un llavero normal, de propaganda de un garaje, por ejemplo, cuelgan de una etiqueta como las que tienen algunas maletas, en la que pone mi nombre y mi dirección. ¡Quién habrá tenido una idea tan absurda! Las llaves y la dirección juntas. Si se me perdieran, aunque ya se que es improbable, nos limpiarían la casa. No dejarían ni los letreritos.

Me gusta pasear hasta que la ciudad queda atrás, y el color verde comienza a entrar por mis ojos cansados. A ambos lados de la carretera, un conjunto anárquico de huertas

minúsculas se reparten el escaso terreno cultivable. Antes esto no era así. O eso creo yo.

Decenas de jubilados hacen el mismo recorrido que yo, sólo que unos van y otros vienen. Algunos me saludan con una leve inclinación de cabeza, pero yo no sé quiénes son. Aún así, siempre contesto a los saludos, no quiero quedar mal con nadie. Finalmente, uno de los que vienen se para a hablar conmigo, y me pregunta por mi mujer. Respondo que bien, gracias. Después me pregunta por mis hijos y nietos, y le respondo que bien, gracias, aunque no estoy muy seguro de que sea una buena respuesta.

Mi mujer pone una cazuela con sopa a calentar cuando me ve aparecer en la puerta de la cocina.

- Vete a la habitación a quitarte los zapatos.

Así lo hago. Al pie de la cama hay unas zapatillas de cuadros. Me las pongo, y dejo los zapatos en su lugar. Cuando

vuelvo a la cocina ya hay dos platos de sopa en la mesa.

- Llegas tarde. Son casi las cuatro y media -dice mi mujer mientras sorbe la sopa con su boca desdentada.

Al principio no sé que decir.

- Ya sabes que no tengo hora fija -digo finalmente. Por decir algo.

Después de comer intento conciliar el sueño en el sofá del salón, pero no lo consigo, así que decido salir un poco a la calle a pasear. En mi habitación están los zapatos, al pie de la cama. Dejo mis zapatillas en su lugar. Bajo a la calle. La verdad es que ahora no me apetece mucho andar, estoy cansado, puede que sea sueño. Subo a casa. Entro en mi habitación, y dejo los zapatos al pie de la cama, después de ponerme las zapatillas. Voy al salón, y me tumbo un poco en el sofá. No tengo sueño. Enciendo la televisión, parece que ponen un culebrón sudamericano, y lo intento seguir durante unos minutos. No

puedo, es demasiado pesado, hablan, y hablan, y hablan, y no dicen nada. Decido bajar a la calle a dar una vuelta, puede que encuentre a alguien conocido, y charlemos un ratito. Voy a mi habitación, me pongo mis zapatos que están al pie de la cama, y dejo las zapatillas en su lugar. Bajo a la calle. Estoy cansado, decido subir a casa.

Me despierto por la mañana, bruscamente, posiblemente a causa de las pesadillas. Últimamente hay una que se repite con frecuencia: estoy ocupando un puesto de trabajo en Altos Hornos de Vizcaya, (todo el mundo sabe que soy escritor, y que siempre he trabajado en casa), y de repente aparece un hombre que me pone una mano en el hombro, y con su mano libre me tiende un sobre; yo abro el sobre, extraigo un papel de su interior y lo leo: JUBILACIÓN ANTIPADA, INCAPACIDAD LABORAL. Es algo realmente absurdo.

Finísimos rayos de luz se cuelan por las rendijas que deja

la persiana, ya vieja. A mi lado está mi mujer. La miro mientras intento recordar como nos conocimos. No lo consigo. Sólo sé que nunca la he querido demasiado.

Me ducho. Estoy a punto de resbalar, pero me sostengo con la ayuda de unas extrañas agarraderas metálicas. Me visto como todas las mañanas, con el precioso batín de cuadros rojos y negros, que invariablemente guardo en mi armario. Parezco un marqués.

A los pies de la cama hay unos zapatos, con cordones, negros, brillantes. Me los pongo. Me fijo en la cómoda. Alguien se entretuvo ayer en pegar unos papelitos a los cajones en los que parece poner algo. Me acerco todo lo que puedo, hasta que por mi nariz entra un desagradable olor a barniz de mala calidad, pero no soy capaz de leerlo. Quizás debería ir pensando en ponerme gafas. Siempre he sido un poco cabezón, y me he negado sistemáticamente a ir al óptico.

Salgo a la terraza. Hace buen día. Puedo comprobar que

de lejos veo tan mal como de cerca. Creo que ahora hay unas gafas que solucionan todos los problemas a la vez. Me lo pensaré.

Decido bajar al bar de la esquina a desayunar, como todos los días.

A la hora de la comida mi mujer ha sacado una pequeña caja de color azul de uno de los armarios de la cocina, y me ha dicho:

- A partir de hoy tienes que tomarte una de estas pastillas a la hora de la comida, y otras dos a la hora de la cena.

Me va a estallar el estómago con tanto fármaco, pero en fin, por el momento he decidido no protestar, porque supongo que es por mi bien. Aunque estoy empezando a pensar que mi mujer tiene una sospechosa tendencia a atiborrarme con esas malditas drogas, para tenerme más controlado.

Después de comer me he quedado dormido en el sofá del

salón. He soñado con elefantes rosas. ¿Qué significará? ¿Habré hecho mal tomando la pastilla nueva con vino?

Me levanto porque ya no puedo dormir. Cojo la ropa que tuve puesta ayer de la silla, y voy a oscuras hasta el baño para no despertar a mi mujer. Miro el reloj, no consigo ver bien la hora, cada vez hacen las esferas de los relojes más pequeñas, deben de ser las cuatro o las cinco de la mañana. Me visto, vuelvo a la habitación, y con la luz que proyecta el baño hacia ella localizo mis zapatos al pie de la cama. En la cocina si puedo ver la hora, ya que el reloj hortera, imitación de un timón de barco, tiene un tamaño más que respetable, y si a ello añadimos que me subo a una silla para verlo más de cerca, pues queda explicado que al fin consigo averiguar que son las cuatro y cuarto. Salgo a la terraza, la noche está cerrada, y no se ve absolutamente nada. La farola que hay cerca de mi portal estará fundida como siempre. Hace frío, supongo que debido a

la hora. Me preparo un café con leche, con mucho azúcar, que soy bastante goloso. Mis llaves están encima de la mesa. Mi chaqueta de pana en el perchero. Me voy a dar un paseo.

Le he echado una buena bronca a mi mujer, porque la comida no estaba a su hora, como Dios manda. Soy un hombre de costumbres fijas, a no ser que pase algo fuera de lo común, y no estoy dispuesto a transigir en lo que respecta a los horarios. Soy muy estricto en eso. Después me he sentado en mi sillón favorito para ver los noticiarios. Tengo que confesar que me pierdo un poco entre tanta noticia laberíntica. No sé hacia donde va este mundo de locos, con tanta gente desubicada, con tanta gente que no sabe a ciencia cierta cual es su papel en esta vida.

Repentinamente, cuando estaba a punto de dejarme envolver por un sueño reparador, arrullado por la monótona voz de un locutor de rostro desconocido, posiblemente nuevo en su oficio, se ha acercado mi mujer por detrás, y me ha dicho:

- Dentro de una hora viene tu hijo Javier a verte.

- Ya me extraña. Hace siglos que no se deja caer por aquí.

Llaman a la puerta. Justo cuando estaba en la mejor parte

de la siesta. ¡En la que duermes! Tengo que ir yo, como siempre. Abro la puerta, y casi me doy de bruces con un hombre que intenta entrar.

- ¡Joder! ¡Ya tardáis en abrir!

- Un momento, joven, yo no le he invitado a entrar.

- Venga, papá, no me digas que no me reconoces.

- Claro que sé quien eres. Eres mi hijo Javier, ¿no creerás

que soy tonto? Venga, pasad.

Pasad, sí, porque no viene sólo. Le acompaña una mujer

que no he visto en mi vida. Hijas no tuve, de eso estoy seguro.

Sólo dos hijos, y uno de ellos, Nacho, vive en Barcelona.

Aparece mi mujer, y ella si parece conocer a la

desconocida, o sea que ya no es una desconocida, bueno, yo ya

me entiendo. Se estampan la una a la otra un par de buenos besos en las mejillas.

- Hola, Javi. Hola Irene, pasad al salón, que tenemos que hablar. Hace casi un año que no nos veíamos.

Yo, como no tengo nada que hacer, me bajo a la calle a dar un paseo.

Me despierto por culpa de mi mujer que está subiendo la persiana, haciendo un ruido horrible. Me incorporo en la cama. La luz entra a raudales en la habitación, deslumbrándome, humillándome porque me hace bajar la cabeza.

- ¿Qué hora es? -pregunto yo.

- Son casi las ocho y media, cariño. Vete a ducharte, te he dejado en el baño una muda limpia y la ropa de los domingos. Aquí tienes tus zapatos, al pie de la cama, como siempre.

- Hoy no es domingo. ¿O sí?

- No, pero nos va a llevar tu hijo Javi a un sitio, y hay que ir

presentables.

-¿Va a venir Javi? ¡Hace siglos que no le vemos! Y su mujer, ¡que maja era! ¿Como se llamaba? Creo que Irene, ¿no?

- Sí, Irene se llama. Venga vete a ducharte.

Algo raro le pasa a mi mujer. Está nerviosa, esas cosas las noto yo enseguida. Tiene un extraño brillo en la mirada, como si hubiera estado llorando. Cierro la puerta del baño, y empiezo a quitarme el pijama. Al otro lado de la puerta me parece oír la enredando en el armario, y haciendo un ruido del demonio. Me pregunto qué diantre estará buscando.

Me meto en la ducha. Me resultan tremendamente útiles unas agarraderas metálicas que instaló mi hijo Javier el año pasado. Menudo susto se pegó toda la familia aquel día que me resbalé en la bañera.

Llaman a la puerta. Tengo que ir yo, como siempre. La abro, y delante de mí aparece mi hijo Javier. Estoy a punto de

dar con la puerta en las narices a una mujer que venía detrás.

- Perdona usted, no la había visto.

- No trates de usted a Irene, papá, por favor.

- Perdona, no te había visto.

La tiparraca no se molesta ni en contestarme, y me arroja una mirada furiosa, de esas que solo saben destilar las mujeres.

- ¿Por qué no has avisado que venías, Javi? -pregunto a mi hijo, que se me queda mirando durante unos instantes antes de responder.

- Se me ha olvidado, papá, lo siento. ¿Dónde está mamá?

- Está en el baño peinándose, dice que vamos a no sé donde. Hacía mucho tiempo que no se ponía tan guapa, parece que vamos a una fiesta. Bueno, yo me voy a dar un paseo, mientras.

- Déjate de decir tonterías, y siéntate en el salón un momentito. Irene te hará compañía.

Nos sentamos los dos en el salón. Yo en mi sillón favorito,

y ella en el sofá grande, al que sólo recorro cuando quiero echar la siesta. Ella me mira desafiante, y yo me propongo hacer lo mismo todo el tiempo que haga falta, pero me entra sueño enseguida, y no puedo evitar que los ojos se cierren desafiando mis ordenes.

Me parece que sólo han pasado unos minutos, cuando me despierta mi hijo.

- Venga, papá, que no es momento de dormir.

- Claro. -dice mi mujer- Toda la noche danzando por la casa, y ahora por el día se duerme hasta de pie.

- Eso es mentira. Yo por las noches duermo muy bien

- Bueno. -me interrumpe mi hijo Javier-. Ya está bien, todos para abajo, que tengo el coche en doble fila. A ver si me van a cascar una multa por vuestra culpa.

- Nadie me había dicho que nos íbamos.-contesto yo, lógicamente enfadado- Si sé que salíamos, me hubiera puesto mi traje de los domingos.

Nadie me hace caso, y me empujan hacia la puerta a empujones. Mi hijo lleva una maleta enorme. Cuando llegó no me di cuenta de que la llevara. No sé donde se creerá que vamos.

Me gusta viajar en automóvil. Bueno, ahora los llaman de otra manera. Me han dejado ir delante con mi hijo, con la condición de que me ate el cinturón de seguridad. Me oprime un poco el pecho, pero no me importa. Me gusta ir al lado del conductor. Detrás va la mujer de mi hijo, es muy simpática y se llama Irene. También viene mi mujer, que está hurgando en su bolso. Finalmente, parece que encuentra lo que buscaba, y me lo da.

- Toma, ponte las gafas, para que puedas ver el paisaje.

No sé que haría sin mi mujer. Es la persona que mejor me conoce en el mundo. Me gusta observar, porque yo soy escritor, y lo que más nos gusta en el mundo a los escritores es poder

observar, para luego contar lo que vemos. Yo antes siempre llevaba en el bolsillo una libretita donde apuntaba todo lo que veía. Ahora prefiero fiarme de mi memoria, dejar que los recuerdos reposen en las bodegas de mi cerebro, para que vayan mejorando como el vino, y lleguen a ser más reales que la realidad.

El paisaje va mejorando a medida que la gran ciudad, y su cohorte de ciudades dormitorio quedan atrás. No sé a donde vamos, quizás sólo estamos dando un paseo en coche por el placer de hacerlo. ¡Sí, coche, así es como los llaman ahora: coches!

A lo lejos se divisa un edificio enorme rodeado de jardines, una especie de casona antigua restaurada, rodeada por una verja. La verja se ve interrumpida por un arco de piedra que forma una especie de entrada. Debajo del arco, la verja se transforma en puerta. Tenemos que esperar a que nos abra un hombre vestido de uniforme, una especie de policía privado de

estos que hay ahora, que puede contratar cualquiera con ganas de sentirse importante. Me asomo por la ventanilla, y puedo ver un cartel enorme en la parte superior del arco: RESIDENCIA PARA LA TERCERA EDAD. Seguramente venimos a menudo a visitar a alguien, pero no consigo recordar a quién. El coche arranca despacio. Una mujer que viene con nosotros en el coche, al lado de mi mujer, me pone una mano en el hombro, y dice:

- La vida sigue, papá, no te preocupes.

No entiendo qué quiere decirme esta señora. Me giro para mirarla, y por la luna trasera del automóvil puedo ver como el hombre uniformado cierra la verja.

LA MATANZA

No todo el mundo duerme esta noche en un pequeño pueblo de la llanura castellana. Un pequeño pueblo de cuyo nombre da igual que te acuerdes o no, porque es imposible completar el juego de las siete diferencias con el pueblo de al lado, o con el pueblo de al lado del pueblo de al lado, clónicos uno del otro, como gotas sucias de agua, con las mismas miserias, las mismas calles sin asfaltar, los mismos orgullos, la

misma fuente del pueblo aunque menos concurrida que antes, porque acaban de poner agua corriente, las mismas tradiciones. Tradiciones hermosas que da pena que se pierdan en el fondo de un pozo seco, que da pena que languidezcan en la memoria del último viejo que estuvo presente, perdidas entre las arrugas de su frente tostada por el sol de muchos veranos.

-Me acuerdo cuando...

-Cállese, padre, que eso a la juventud no le interesa.

A veces en cambio, las tradiciones pueden ser una losa que arrastramos entre todos, con miedo a que nos aplaste si bajamos la guardia un solo instante, y olvidamos que sigue ahí presente, vigilándonos, esperando a que cometamos un fallo. Hay tradiciones que comparten los habitantes de un pueblo, los vecinos de un barrio, o los miembros de una familia. Hay tradiciones que se pierden antes de arraigar firmemente, hay tradiciones eternas, hay tradiciones que se caen del alma, como

las cabras caen de los campanarios...

No todo el mundo duerme esta noche en un pequeño pueblo perdido en la llanura castellana. Marcos tiene su propia losa personal oscilando por encima de su cabeza, suspendida de un fino hilo de temor irracional, que amenaza con ceder a cada instante, al menor soplo de brisa traicionera. Marcos tiene su propia tradición familiar que respetar, porque ha cumplido dieciséis años hace un par de meses.

-Estarás contento, Marcos, este año te toca a ti matar el marrano.

-Sí, madre, estoy contento.

Dos años antes había sido el turno de su hermano Paco. Un año antes que Paco, el afortunado matarife había sido el hermano mayor de ambos: Ángel, que ahora vive en la capital con una mujer que nadie de la familia conoce todavía, sin haberse casado siquiera, que ahora está de moda “arrimarse”.

Al fin y al cabo, Ángel siempre fue el moderno de la familia.

Marcos no está nada contento, no. El miedo se mueve por dentro de su cuerpo como un topo bajo tierra, horadando el poco valor que le queda, residuos apenas ya, dos o tres miguitas, si acaso.

Marcos no se atreve a ejecutar su destino. Simplemente es eso. No es que le dé pena el porcino animal. Sólo se trata de miedo, que no es poco. (El chorizo y el jamón cojonudos sí que están, y nunca ha apreciado ningún miembro de la familia el más mínimo afán vegetariano en Marcos, más bien al contrario, como se empeña en atestiguar con vehemencia un precoz y prominente acúmulo de grasa en la zona más al uso).

Marcos dice que quiere irse a la capital, a vivir con su hermano y a estudiar para ser un hombrecito de provecho, cosa que en realidad nadie impide, pero primero, y antes que ninguna otra cosa, tiene que cumplir con la dichosa tradición familiar. Si

ésta dijera que la matanza la tiene que efectuar el varón que cumple dieciocho años en el año en curso, o mejor aún, el que cumple veintiuno, quizás hubiera habido una tenue posibilidad de huir del pueblo, y por supuesto no volver más, antes del fatal desenlace, (fatal para Marcos, pero sobre todo fatal para nuestro cochino amiguete), pero no, tiene que ser con dieciséis años, y tiene que ser precisamente mañana, un día que parecía no iba a llegar nunca, pero resulta que cuando menos te lo esperas se presenta por la puerta San Martín, sin que nadie le haya invitado, que además el tío impresentable ya podía haber sido patrón del vino, del orujo, o del punto de cruz...

No todo el mundo duerme esta noche en un pequeño pueblo perdido en la llanura castellana. Marcos da vueltas y vueltas debajo de unas sabanas empapadas en sudor, y encima de un maravilloso colchón moderno, con muelles y cosas raras que se clavan en la espalda, no de lana, como el de la abuela, que nunca ha consentido que se lo cambiáramos por uno nuevo

al colchonero lanero, que pasa con su vieja camioneta cada jueves por la tarde.

Marcos da vueltas y vueltas, pensando en el dichoso cochino, si sigue así va a despertar a Paco, que duerme plácidamente en la cama vecina, en la habitación que comparten, sin ser consciente del sufrimiento que trepa por las paredes.

Marcos no aguanta más tiempo en la cama, así que se levanta, y se dirige a la cocina. Allí, en la estancia más emblemática de la vieja casa, colgado en la pared como el mejor trofeo familiar, está el cuchillo. No se confundan, no es un cuchillo cualquiera, sino que es el cuchillo oficial, el cuchillo homologado por años de experiencia tocinera, el cuchillo reservado exclusivamente para su uso una vez al año, para ejecutar la más noble de las labores, la matanza del inocente guarro.

Marcos siente las gotitas de sudor en su frente, las adivina una por una, dejando marcados sus húmedos recorridos hasta las pobladas cejas. Sus sentidos se agudizan notablemente, quizás debido a los nervios, y no tiene problemas para localizar el cuchillo en la penumbra, el cuchillo que mañana habrá de ser prolongación de su brazo, prolongación de su mano, apéndice asesino de su cuerpo.

De vuelta en la habitación sí que enciende la luz, y se sienta en la cama a contemplar el cuchillo que brilla misteriosamente, reflejando la luz, y de paso la ansiedad casi sólida de Marcos.

-Paco, despierta. Paco, despierta, por favor.

Desde luego, no es suficiente con una amable petición oral para despertar a Paco después de haber soportado una larga jornada de trabajo en el campo, y Marcos tiene que dejar el cuchillo en la mesita de noche que se interpone entre las dos

camas, en realidad una caja puesta boca a bajo, para zarandear a su hermano hasta conseguir que despierte, o por lo menos hasta conseguir que se restriegue los ojos sorprendido.

-¡Qué mierda quieres, idiota!

-Paco, no me atrevo a matar al marrano.

-Pero mira que eres bobo, todos lo hemos hecho.

-No, Paco, yo no puedo.

-Si es una tontería, los demás te lo agarramos, y tu sólo tienes que...

-¡NO PUEDO!

El sollozo no es demasiado sonoro, pero basta para que Paco pierda su ya de por si escasa paciencia.

-¡Vete a la cama de una puta vez! Vas a despertar a padre y ya verás...

Marcos está ya un poco más animado, y después de limpiar cuidadosamente el cuchillo con la funda de la almohada, y de llevarlo a la cocina, a su emplazamiento cotidiano, se vuelve a la cama, y ya más relajado no tarda en dormirse. porque está claro que si ha tenido el valor necesario para seccionar la yugular de Paco, con una maestría digna del mejor matarife profesional, no hay razón aparente para que mañana no pueda cumplir la sentencia que el juicio de la vida ha reservado al magnífico ejemplar porcino. Está claro que sólo era una cuestión de práctica, y ya ha practicado.

Todo el mundo duerme esta noche en un pequeño pueblo perdido en la llanura castellana. En un pequeño corral, separado de sus congéneres un cerdo bien cebado olisquea feliz su propia mierda aún humeante. En su infinita y sabia estupidez sabe que mañana no va a haber matanza, parece ser que los hombres van a tener otros asuntos más importantes que resolver.

EL MENSAJE

Aquel hombre estuvo encerrado en la Biblioteca Pública ocho días, con sus correspondientes noches. Aquel texto en japonés antiguo era prácticamente indescifrable. Pero con la ayuda de todo el material que recopiló, el significado de los diferentes caracteres fue brotando poco a poco, como las últimas gotas de zumo de un limón seco. Al final del octavo día por sus venas corría café de máquina, pero ya había

conseguido hallar las piezas del puzzle. Sólo faltaba unirlos.

El bedel de la biblioteca observó estupefacto a aquel hombre que abandonaba el edificio visiblemente enfadado. La curiosidad mató al gato, y de paso empujó al bedel hacia la mesa de trabajo que el hombre había abandonado. Sólo había una hoja de papel con una escueta frase: “Tonto el que lo lea”.

EL ÚLTIMO GOLPE

1

- Así es, el último golpe le dejó turulatito, como le digo.

La anciana anfitriona se movía con soltura por el elegante salón-comedor sirviendo té y pastas a su invitado. El inspector Bermúdez, en cambio, se removía inquieto en un enorme butacón tapizado con cuero negro, que más bien parecía un monstruo mitológico dispuesto a absorberlo en cualquier instante, temiendo no estar a la altura que requerían las

circunstancias.

Y efectivamente, no lo estaba. A la vez que las preguntas, su boca iba escupiendo minúsculas miguitas, de lo que antes habían sido las pastas, que eran una buena muestra de repostería rural, de esas que hay que masticar despacito, triturándolas con insistencia si no quieres ahogarte con un engrudo farinoso. “Mejor me hubiera entrado una cerveza fría”, pensaba Bermúdez, “pero cualquiera dice nada”.

- ¿Y dice usted que su hijo era un boxeador muy conocido?

- Bueno, -la amable ancianita consideró que la mesa había quedado bien provista para la improvisada merienda, y tomó asiento en el confortable sofá de tres plazas- llegó hasta donde pudo, el pobrecito, o hasta donde le dejaron llegar.

- ¿Qué quiere decir?

- Mi hijo podía haber llegado muy lejos, sabe usted. Pero ellos no confiaban en él, y sólo le preparaban peleas de bajo

nivel, para que sirviera como esparrín, o como se diga. No confiaban en él, no, ¿quiere usted saber por qué?

- Sí, sí quiero saberlo.

- Únicamente porque mi Óscar es de buena cuna, se lo digo yo. Ellos preferían a esos ridículos muchachos de barrio...

- ¿Quiénes son ellos?

- Pues ellos, los del gimnasio donde entrenaba mi Óscar.

Ya le decía yo al niño, que no vayas a esa zona de la ciudad, que aquí tienes todo lo que necesitas, que allí no hay nada bueno... Pero él se empeñó en ser boxeador, cuando podía haber sido un buen abogado, o ingeniero, quizás...

Bermúdez se iba hartando de la cháchara, pero no tenía más remedio que aguantar, si no quería que le echaran de allí a las primeras de cambio. Ya iría llevando la conversación a donde quería con paciencia, con mucha paciencia.

- ¿Y que decía su marido?

- ¿Mi marido? Mi marido lleva muchos años muerto. Otro

gallo hubiera cantado con mi Óscar ayudándome.

- ¿Con su Óscar?

- Sí, es que mi marido también se llamaba Óscar, ¿sabe usted? Pero, coja, coja otra pastita por favor, que no se diga.

Eran demasiadas molestias, para lo que parecía ser una pista falsa, pero Bermúdez no tenía más remedio que seguir adelante con su sutil interrogatorio.

- Todavía no me ha presentado usted a su..., -dudó un instante-, a su Óscar.

- Todavía no me ha dicho usted por qué ha venido a mi casa.

2

La señora Díez Valtierra bajaba las escaleras de su casa con toda la agilidad que le permitían esgrimir sus setenta y siete años de edad, y detrás de ella, un extraño ser de cerca de dos metros de estatura, que se movía con ademanes simiescos.

Bermúdez se levantó de su asiento, bastante impresionado por la irrupción en escena de aquella mole humana.

- Inspector Bermúdez, ¿inspector me ha dicho antes, verdad?

- Sí.

- Inspector Bermúdez, le presento a mi hijo Óscar.

- Hola Óscar -se atrevió a susurrar Bermúdez.

- Hola, señor -de alguna parte de aquella enorme masa de carne brotó una extravagante voz chillona, con un tono que no se correspondía con lo que cualquier espectador hubiera imaginado.

- Bueno, señor Bermúdez, yo he cumplido mi parte del trato. -la anciana dueña de la casa volvía a atacar- ahora le toca usted decirnos a qué se debe su extemporánea visita.

- Pues verá usted, -mientras hablaban se volvieron a sentar en los sitios que ocupaban antes de las presentaciones.

Óscar depositó su enorme cuerpo al lado del de su madre- resulta que me han encargado la desagradable misión de investigar la desaparición de varias prostitutas, y..., en fin, no debería darle esta información, pero bueno: un vecino nos ha informado de que ustedes reciben extrañas visitas a horas intempestivas, y compréndame..., yo hago mi trabajo.

- Lo entiendo, no se apure, -dijo la anciana con voz dura, y agregó con cierto retintín- y mi Óscar también entiende lo que usted quiere decir, ¿verdad cariño?

- Sí, mamá, yo entiendo al señor.

- Mire, señora, usted no se tiene que sentir acusada de nada. ¿Por qué no me sigue contando lo que le pasó a su hijo?

La señora Díez Valtierra bajó la cabeza apesadumbrada.

- Fue culpa mía.

- ¿El qué fue culpa suya?

- Yo siempre le daba a Óscar todo lo que él me pedía...

- Sí, mami me da, mami me da. -Óscar estaba más atento

de lo que parecía.

- ...y el quería una oportunidad. Así que yo organicé aquella pelea. El dinero no es problema para mí, así que me planté en el gimnasio, y hablé con quien tenía que hablar. No con esos imbéciles de los entrenadores, sino con quienes cortan el bacalao en este mundillo, usted ya me entiende.

- Sí, entiendo. Siga, por favor.

La anciana dama suspiró profundamente antes de continuar.

- Me hicieron caso, es la única vez en la vida que me arrepiento de haberme salido con la mía. Le organizaron una pelea con uno de los mejores boxeadores del momento. Iba a ser la oportunidad de mi Óscar, la oportunidad de mi chiquitín.

- Y pasó lo que pasó, claro.

- Quince segundos duró la pelea.

- ¡Quince segundos, mami! -terció Óscar alborozado como un chiquillo.

- Y aquel energúmeno le dio tal golpe en la sien que dejó a

mi Óscar tal y como le puede ver usted.

- ¡Quince segundos, mami!

3

- Tiene usted que dejarme hablar a solas con Óscar.

La anciana señora Díez Valtierra ofreció cierta resistencia a la petición, pero bastante menos de la que Bermúdez había esperado. Comprendió que no tenía otro remedio, y les dejó solos en el salón; según sus palabras, estaría esperando en la cocina.

- Ahora estamos solos, Óscar. -Bermúdez se sentó al lado de Óscar.

- Estamos solos, señor -contestó la incomprensible voz chillona.

- Tienes que contestarme unas preguntas muy fáciles. ¿Lo harás?

- Lo haré, señor.

- La primera pregunta es: ¿Suelen venir aquí, a tu casa,

amiguitas, para que jueguen contigo? ¿Me entiendes?

- Sí, entiendo: mi madre me trae amiguitas.

Bermúdez se acarició la barbilla mientras meditaba. Ya tenía las cosas donde las quería tener, aunque seguía sin verlo nada claro.

- ¿Y qué haces con esas amiguitas, Óscar?

- ¡Ji, ji, ji! ¡Quince segundos! -Óscar se tapaba la boca con su enorme mano, con un gesto digno de un niño sorprendido husmeando en el bote de las galletas.

- Te entiendo, Óscar, te entiendo, a todos nos suele pasar alguna vez, ya se sabe, los nervios. Pero me tienes que decir que es exactamente lo que hacéis.

- ¡Quince segundos! ¡Quince segundos! ¡QUINCE SEGUNDOS! -Óscar se puso a gritar como un energúmeno, repitiendo su incoherente respuesta, y Bermúdez se dedicó a

calmarlo con la mejor sonrisa de su repertorio, cuando lo que en realidad le apetecía era cabrearse, pero se dominó, y decidió cambiar de estrategia, para comprobar una idea que le acababa de llegar a la mente.

- A ver, Óscar, escucha atentamente, ¿Crees qué podrías hacer conmigo lo que haces con las amiguitas que te trae tu madre?

- Sí, jji, ji, quince segundos!

- Pues adelante.

Nada más recibir la primera hostia en su jeta mal afeitada, y antes de salir huyendo, Bermúdez intuyó que Óscar aún era virgen.

EL DESAPARECIDO

Aquella desaparición tuvo a todo el pueblo consternado durante varios años. Alejandro era un chico como otro cualquiera, un poco regordete para sus trece años, bastante mofletudo, y sobre todo feliz, muy feliz.

- Mamá, tengo hambre, ¿me puedes poner unas rodajas de pan con jamón?

Un día desapareció sin dejar rastro, y con él toda su

sebosa humanidad. Todo el pueblo colaboró en la búsqueda, pues la familia de Alejandro era muy querida por aquellos lares, pero todo fue en vano. Ni una huella, ni una sola miguita de los bocadillos que Alejandro acostumbraba a llevar encima. Como si se lo hubiera tragado la tierra, sus setenta y cinco kilos de peso se desvanecieron.

Sus familiares conservaron la esperanza durante varios años, y continuaron removiendo cielo y tierra, hasta que las batidas se fueron haciendo cada vez más esporádicas, y finalmente cesaron. Aunque Mateo, el abuelo de Alejandro, siguió pensando en su nieto cada vez que salía a dar un largo paseo por los bosques cercanos, y se volvía esperanzado cada vez que oía crujir una ramita a sus espaldas. Hasta que sus maltratadas piernas se negaron a continuar con tan frenética actividad.

Veinte años después de la inesperada desaparición, ya casi nadie recordaba lo sucedido, y sólo Laura, la madre de

Alejandro, y el anciano abuelo Mateo, sacaban a relucir sus viejos recuerdos sobre las hazañas del muchacho cuando se sentaba delante de un mantel de cuadros.

Hasta que una fría mañana de invierno, en la que Laura estaba atareada con sus guisos delante del fogón, agradeciendo aquel calor generoso, que lo mismo hacía hervir el agua que calentaba unas manos frías, una voz vagamente familiar la sobresaltó:

- Mamá, tengo hambre, ¿me puedes poner unas rodajas de pan con jamón?

Laura se quedó muda, contemplando anonadada a aquel mocetón de treinta y tres años, alto como una casa, y ancho como un tonel, que se apoyaba despreocupadamente en el marco de la puerta.

Sólo el abuelo Mateo, desde el oscuro rincón al que se veía relegado por culpa de su incapacidad para andar, acertó a decir algo:

- Jodio crío, desde luego hay gente que no cambia. ¿Se

puede saber dónde has estado todo este tiempo?

- No sé, por ahí, cerca... -Alejandro miró a su madre, que continuaba silenciosa, y repitió obstinado-. Mamá, tengo hambre, ¿me puedes poner unas rodajas de pan con jamón?

LA PERFECCIÓN DE LOS SURCOS

Fue muy repentino. Gloria llevaba un mes escaso transitando por el estado civil de viudedad. Eran casi las nueve de la noche cuando sonó el timbre de la puerta y se interrumpió el desigual combate que Gloria tenía establecido con una diminuta tortilla francesa.

- Hoy tampoco voy a poder –murmuró.

Cogió el plato y desocupó su contenido en el cubo de la

basura.

- Hoy tampoco voy a poder –repitió, constatando lo que ya era una realidad.

El timbre volvió a sonar, y esta vez el dedo anónimo lo mantuvo apretado ininterrumpidamente durante unos diez segundos.

- ¡Ya va, ya va! –gritó Gloria.

Trabajosamente llegó hasta la puerta de la calle y la abrió.

Casi se da de bruces con su hija Aurora.

- ¿Se puede saber qué haces aquí a estas horas?.

- Ya ves, traerte otra vez a ésta.

Gloria bajó la mirada. No se había fijado en que Aurora venía acompañada. A su lado una niña de unos diez años sujetaba con fuerza una mochila con forma de osito.

- ¿Y su madre?, ¿dónde rayos está su madre?

- Sandra se ha vuelto a ir con Carlos, mamá.

- Esa mujer es tonta...

- Hace unas dos horas que me llamó la niña. Estaba sola en casa. Sandra no había dejado más que una nota en la nevera.

- Tonta, tonta de capirote, lo que yo decía –la voz de Gloria era dura, pero a la vez acariciaba la cabeza de la niña con suavidad. Intentaba recordar cuántas veces había recomendado a su hija Sandra alejarse de aquel hombre, al parecer infructuosamente.

Aurora la arrastró hacia el presente:

- Bueno, mamá, ya sabes que te tengo que dejar a Leire aquí. Yo mañana por la mañana tengo que estar en el hospital a las siete, y ya te puedes suponer...

- Lo comprendo, hija, lo comprendo –la cortó Gloria-, se puede quedar aquí todo el tiempo que haga falta.

Aurora se despidió de su madre y de su sobrina estampándolas dos sonoros besos en la cara a cada una.

- Llamaré mañana por la noche –dijo antes de

desaparecer presurosa tras la puerta, dejando a Gloria con la boca abierta.

Unos segundos después volvió a sonar el timbre. Gloria dio un respingo.

- Maldito timbre –murmuró-, echo de menos el viejo aldabón, no tenía que haberlo quitado.

Era Aurora otra vez.

- Se me olvidaba, gracias por todo, mamá, ya que no te las da su madre te las doy yo –y le dio otro beso a Gloria en la mejilla-, por cierto, la niña no ha cenado.

Se volvió a ir, más deprisa si cabe que la primera vez. Durante unos segundos nieta y abuela oyeron el rítmico taconeo de los zapatos de Aurora, y un poco después el motor de su coche.

Gloria miró a su nieta que no soltaba su mochila en forma de oso.

- Trae eso para acá. ¿Tienes hambre?

- Sí –confesó la niña.

- A saber qué habrás comido en todo el día. Venga, vamos

hacia la cocina. ¿Qué quieres que te haga? A ver, dime.

La niña no se lo pensó dos veces.

- Una tortilla –dijo.

- ¡Cachis la mar...! –Gloria se acordó de la tortilla que

acababa de tirar al cubo de la basura-, podíais haber venido cinco minutos antes.

- ¿Qué? –la niña se quedó parada, temiendo haber hecho algo malo.

- Nada, hijita, no pasa nada. Vamos, que ahora mismo te hago la tortilla.

- ¿Estaba buena, Leire?, ¿qué quieres ahora: una manzana o un yogur?

- Un yogur –contestó la niña con la boca llena de tortilla y

pan-, de fresa.

Gloria se levantó y rebuscó en la nevera hasta encontrar lo que buscaba, para acto seguido dárselo a la niña.

- Espera, que ahora te doy una cucharilla.

La cena había transcurrido en silencio. Mirando a la niña comer a Gloria se le había pasado por la cabeza que tal vez era la primera cena decente que Leire hacía en mucho tiempo, y no se había atrevido a molestarla.

Leire aprovechaba el yogur como si esperara encontrar un tesoro debajo de los últimos restos.

- ¿Quieres otro, hija?

- No, gracias.

Gloria se acordó de algo al ver la mochila que la niña había depositado en una de las sillas.

- ¿Has traído pijama?

- Sí, está en el osito, y un vestido para mañana.

- ¿Y mudas?, ¿has traído mudas?

- ¿Qué?

- Braguitas hija, que si te has traído braguitas.

- No, eso no.

- ¡Ay, Señor!, tu tía Aurora, ¿donde tendrá la cabeza?

Leire sonrió.

- Mira, hijita –continuó Gloria, dispuesta a no hablar de

ningún tema trascendental esa noche-. Te vas a subir a la habitación donde dormiste la última vez que me vinisteis a ver, ¿te acuerdas?

La niña asintió con la cabeza.

- Pues vas a subir y te vas poniendo el pijamita, que yo

enseguida subo. No te preocupes por la ropa, que mañana llamo a tu tía y nos trae todo lo que te haga falta. Yo, mientras, voy a recoger todo esto.

Leire volvió a asentir, cogió la mochila de la silla y salió de

la cocina arrastrando la pequeña cabeza peluda del oso por el suelo.

Gloria se puso a recoger la mesa, y mientras, con escaso éxito, intentaba poner en orden sus pensamientos.

Cuando Gloria subió a dar las buenas noches a la niña, ésta ya dormía plácidamente. Le dio un beso en la frente y metió sus pequeños brazos debajo de las sábanas.

- No te vayas a enfriar –murmuró-, que aunque estamos en verano a veces refresca.

Salió del cuarto, y entró en su habitación, contigua a la que había ocupado la niña. Contempló la vieja cama de uno cincuenta, y pensó que era demasiado para una persona sola, que tal vez debería mudarse a otra habitación.

Decidió volver al piso de abajo antes de acostarse para comprobar si todas las puertas y ventanas estaban cerradas. En el mes que llevaba sola en la vieja casa había convertido en un ritual el recorrido nocturno para asegurarse de que todo estaba

en orden. Si no, no podía dormir.

Creyó oír un tenue ruido en el almacén y, armándose de valor, entró a echar un vistazo. Encendió la luz y derramó la mirada por el pequeño recinto.

“Habrá sido una rata”, pensó.

Posó la vista en el viejo arado. El óxido se había apoderado de todos sus rincones, tras años de descanso forzado por la moderna maquinaria que había llegado para sustituirlo.

- Tal vez mañana demos un paseíto –murmuró.

Y se fue a acostar.

Despertó a la niña con un beso en la frente, similar al que le había dado nueve horas antes.

- Venga, dormilona, a levantarse –dijo mientras subía las persianas, dejando que el sol inundara todos los rincones de la

habitación-, hace un día precioso, y todo el mundo anda danzando por ahí menos tú.

Leire se restregó los ojos, perezosa, y bostezó dos veces antes de decir nada.

- ¿Qué vamos a hacer hoy, abuela?

- Lo que tu quieras, hijita, lo que tu quieras, pero lo primero bajar a desayunar. ¿Sabes que aún queda Cola-cao de la última vez que estuviste aquí?

- ¿Me enseñaras tus vaquitas, abuela?

- Bueno, la verdad es que ya no tengo vaquitas. Se las regalé todas a Andoni.

- ¿Se las regalaste? –Leire abrió los ojos, incrédula-. ¿a tu vecino?

Gloria se sentó en la cama, al lado de la niña.

- Sí, hija, sí, a mi vecino. Estaba harta de cuidar de las vacas. No sabes tú bien que trabajo dan. Tu abuelo enfermo y las dichosas vacas, todo el quehacer sobre mis hombros.

Además no las necesitábamos.

- ¿Por qué?

- Pues porque no, hijita, porque no. Ya teníamos bastante con los ahorros, y con lo que da el arrendamiento de las tierras.

Así que hace unos meses se las regalé a Andoni. Llegué a un acuerdo con él, me dará a cambio toda la leche que necesite, ¿qué te parece?

La niña hizo caso omiso a la pregunta.

¿Y el abuelo qué dijo?

- El abuelo no se enteró, Leire, él ya no se podía levantar de la cama, pero si se entera no me hubiera dejado, por supuesto. A tu abuelo le gustaba mucho mandar, ¿sabes?

Leire se encogió de hombros.

- Venga, ya está bien de cháchara –dijo Gloria, poniéndose en pie-, a desayunar, no sé donde tiene Andoni las vacas, pero si quieres te puedo llevar a ver los terneros, ¿te parece bien?

- ¡Vale!

Y Leire se levantó, dejando la cama de un brinco, ya totalmente despejada.

- Mira, ¿ves a ese de ahí?, pues ese es hijo de “La rubia”, ¿te acuerdas de “La rubia”?

- Sí, era mi vaca favorita.

La niña contemplaba extasiada a la media docena de animales a través de la cerca.

- ¿Y ese?, ¿y ese negro tan bonito?

- Ese es de una de las vacas de Andoni.

- Es negro y tiene eso blanco alrededor del ojo, ¿sabes lo que parece, abuela?

- Pues no sé, dime tu lo que parece.

- Parece un pirata, pero al revés.

Gloria se quedó perpleja, no muy segura de haberlo

entendido. Intentó disimular para no quedar mal delante de la nieta.

- Sí, hija, sí, un pirata. Mismamente parece un pirata. Es lo mismo que iba a decir yo.

- ¿De verdad ya no necesitabais las vacas, abuela?

- De verdad, Leire, de verdad, ya no eran más que un estorbo para mí. Hubo un tiempo, hace mucho, en que se puede decir que nos salvaron la vida. Tu abuelo y yo éramos muy jóvenes, casi unos críos, y si no hubiéramos tenido aquellas dos vacas seguramente nos habríamos muerto de hambre en la posguerra.

- ¿En la posguerra?

- Sí, hija, sí, la posguerra fue una época muy dura, cariño, muy dura.

- ¿Qué es eso de la posguerra, abuela?

- ¡Dios Santo! ¡Habrás visto! ¿Es qué no os enseñan

nada en el colegio hoy en día?

- Sí, pero eso no.

- Pues la posguerra, hijita mía, fueron los años que

vinieron después de la guerra. Y fueron muy duros para mí.

Bueno, la verdad es que fueron muy duros para casi todo el

mundo.

La niña se quedó pensativa durante unos segundos, como

dudando si preguntar más cosas sobre el tema. Finalmente

agarró la mano de Gloria y tiró de ella suavemente.

- ¿Me enseñas más cosas, abuela?

El camino polvoriento se empinaba poco a poco, y Gloria

avanzaba trabajosamente, cada vez más despacio. La niña a

ratos soltaba la mano de su abuela y se adelantaba corriendo,

oteaba el horizonte y se daba media vuelta. Volvía a coger la

mano de Gloria y la animaba a seguir adelante.

- Abuela, ¿falta mucho?

- No, no falta mucho, ya estamos llegando. ¡Qué poca paciencia tenéis los jóvenes de ahora!

Aún avanzaron doscientos metros más, hasta que el camino empezó a recuperar la horizontalidad. Gloria se salió del camino principal para coger un pequeño sendero que reptaba como una culebrilla entre los matorrales.

- Ahora no te separes de mí.

Se vieron forzadas a caminar en fila india, la abuela delante y la nieta detrás, pero aun así continuaron sin soltarse las manos. La vegetación fue haciéndose más rala gradualmente hasta que llegaron a una zona de campos de labranza.

- Te he enseñado un pequeño atajo, Leire; nunca se lo digas a nadie, es un secreto de familia, ¿de acuerdo?

Leire se quedó pensativa antes de contestar.

- Me gustan los secretos, abuela.

- Mira, hija, esto es nuestro.

- ¿Hasta dónde?, ¿hasta dónde alcanza mi vista?

Gloria no pudo evitar que una carcajada le saliera del alma

al escuchar una frase tan inapropiada para una niña de diez años.

- No, hijita, no –dijo mientras se secaba una lágrima furtiva

causada por la risa-, hasta donde alcanza tu vista no, sólo hasta aquellos matojos de allí.

- Abuela, ¿por qué la tierra tiene rayitas?

- ¿Rayitas?

Leire se alejó unos pasos se agachó y hundió un dedo en

la tierra.

- Sí, esas líneas que van una al lado de la otra.

- ¡Ah!, los surcos, esas líneas, como tú las llamas, son los

surcos.

- ¿Y para qué valen?

- Pues hay que preparar la tierra así para poder cultivarla.

Hay que hacer esos surcos.

- ¿Y esto lo habéis hecho tú y el abuelo?

- Antes lo hacíamos, hijita, hace muchos años cuando tú

aún no habías nacido, pero ahora tenemos esto arrendado.

- ¿Y eso qué es?

- Eso es cuando tú dejas que otra persona cultive tu tierra,

y a cambio te paga un dinero. Ven, dame la mano, vamos a

subir hasta allí que lo verás todo mejor.

- ¿Y esto se lo tenéis, se lo tenéis..., esa palabra a

Andoni?

- No, esto se lo tenemos arrendado a otro señor.

Subieron despacio a una pequeña colina desde la que se

veía todo el campo de labranza.

- Mira, hijita, todo esto lo arábamos entre tu abuelo y yo,

con un viejo arado, no con toda esa maquinaria que hay ahora, con un buey y un viejo arado, sí señor. Tu abuelo se ponía hecho un basilisco...

- ¿Un qué?

- Un basilisco, hija, un basilisco, muy enfadado, quiere decir. Se cabreaba hasta que se ponía rojo como un cangrejo si los surcos no quedaban rectos y paralelos. Hasta llegaba a medir la distancia entre un surco y otro...

Leire abrió la boca.

- ¡Hala! –fue lo único que acertó a decir.

- Un día me llegó a pegar, ahí abajo, mientras trabajábamos.... –Gloria dudó si continuar o no, pero siguió al sentir que la niña apretaba su mano con más fuerza-, y le juré que si lo volvía a hacer lo dejaría.

- ¿Y te pegó más?

Gloria bajó la vista y no contestó. Pero no era una pregunta que Leire quisiera dejar en el aire.

- ¿Y te pegó más, abuela?

Gloria se secó una lagrima, y acarició suavemente la cabeza de Leire.

- Estas no son cosas para contar a una niña como tú, hijita.

La cabeza de Gloria se situó muchos años atrás. Sintió en la frente las perlas de sudor del trabajo realizado antaño. Se vio a sí misma trabajando con su marido y recibiendo el mismo trato que el buey. Luego se vio dando el pecho a Sandra, lavando la ropa de Aurora, y la de Marcos, y la de Antonio, y la de su marido.

También se vio haciendo magia, consiguiendo que surgieran guisos dignos donde horas antes sólo había ingredientes de baja calidad. Se vio a sí misma cuidando a dos hijos enfermos y preparando almuerzos para el día siguiente

mientras esperaba a que su marido volviera del bar.

También se vio en la cama, debajo de su marido, con el camión arremangado hasta la cintura, sintiendo un nauseabundo olor a vino barato y un terrible dolor.

Y se volvió a ver en aquel campo, trabajando de nuevo, vuelta a empezar, como en un carrusel macabro.

- Abuela, abuela, -Leire sacó a Gloria de su ensimismamiento dando tirones a su falda-, ¿nos podemos sentar un poco?, estoy cansada.

- ¡Ay, hija!, si tú estás cansada no sabes como estoy yo, vamos a sentarnos junto a aquel árbol.

- Teníamos que haber traído algo para comer –dijo Gloria.

- ¡Bah!, no tengo hambre.

La niña apoyó relajadamente la cabeza en el regazo de su abuela, se giró, recostándose hacia arriba, y sonrió.

- Abuela, ¡qué gracioso!, te veo la cara al revés.

- Y yo a ti la tuya, ¡a ver que te has creído!

- ¡Qué fea estás así, abuela!

- Pues tú no, hija mía, tú sigues estando muy guapa. Un

poco rarilla, eso sí.

La expresión de la niña se tornó seria de repente.

- Abuela, ¿por qué dijiste ayer que mamá es tonta de capirote?

- Mira, Leire, ya hace muchos años que yo cometí un error muy gordo, y me duele ver que tu madre se va a golpear con la misma piedra, ¿entiendes?

La niña abrió los ojos de forma desmesurada, y respondió con sinceridad:

- No, no lo entiendo.

- Ahí está lo malo, mi niña, que yo tampoco lo entiendo.

Poco a poco Leire se fue quedando dormida apoyada en

su abuela. Gloria pensaba en su hija Sandra, en como había decidido volver con Carlos por segunda vez.

- En fin, yo no soy quien para aconsejar, pero la niña se queda conmigo, eso lo tengo claro –murmuró.

Le dolía dejar a Leire sola, así, dormida como estaba, pero sintió la necesidad de bajar hasta el campo de cultivo. Se levantó despacio para no despertar a la niña, se quitó la chaqueta, y la puso debajo de la cabeza de Leire.

“Esta chaqueta es demasiado fina”, pensó, “tenía que haber traído una mantita”.

Empezó a descender la colina, mirando hacia atrás cada dos por tres, para cerciorarse de que la pequeña seguía bajo el árbol.

“Esa cerca antes no estaba ahí”, pensó. Decidió acercarse dando un rodeo, pero tras dar unos pasos cambió de idea. Aún titubeó un poco, adelantó la pierna derecha muy despacio como

si venciera una resistencia invisible, hasta que el zapato negro y gastado se hundió en el primer surco de tierra. Las dudas se disiparon.

“Esto le hubiera jodido, pero bien jodido”, continuó hilvanando pensamientos según avanzaba hacia la cerca.

“Aunque quizás se pueda hacer mejor”.

Siguió caminando, pero esta vez arrastrando los pies todo lo que podía. Empezaba a sentirse muy fatigada. Se paró y miró hacia atrás. El rastro que ella había dejado, irregular y sinuoso, se cruzaba insolente con los surcos. Contempló su obra durante unos segundos. Ahora el sol quedaba a su espalda y se entretuvo en jugar con su sombra. Ella se palpaba el moño, y la sombra también.

- Tenía que haber hecho esto mucho antes –murmuró.

La sombra asintió.

PARA GUSTOS ESTÁN LOS COLORES o EL EROTISMO DE LOS FRACASADOS

Silvia se arregló con coquetería el traje de dependienta de grandes almacenes y echó una mirada a su alrededor. Eran las cuatro de la tarde, y era muy pocos los clientes potenciales que pululaban por la planta de ropa de caballeros.

- Perdone, señorita, ¿los probadores?

- Allí, detrás de esos maniqués.

Siguió al hombre con la mirada. Bajito, calvo, le recordaba vagamente a Woody Allen. Llevaba dos pantalones colgando del brazo, y dio un rodeo exagerado a las figuras de plástico, como si temiera que le pegaran

"Este podría valer", pensó.

Se acercó a la zona de probadores, y mientras simulaba atusarse el cabello en un espejo cercano echó una vistazo disimuladamente. El hombre bajito acababa de desaparecer detrás de una de las puertas.

Se aproximó más todavía y empezó a controlar el segundero de su reloj.

- Por favor, que no haya cerrado la puerta -murmuró. Contó hasta cinco, puso la mano en el picaporte de la puerta, giró lentamente, y tiró.

Estaba abierto.

El hombre bajito estaba francamente ridículo, en calzoncillos y con el pantalón nuevo en la mano. Abrió la boca intentando decir algo, pero no llegó a hablar, y se quedó boqueando como un pez fuera del agua. Sintió una mano hurgando por dentro de su slip, y le vino su mujer a la mente volviendo del mercadillo con un "pack" de cinco calzoncillos de oferta.

"Malditos patitos", pensó.

Silvia le susurró al oído:

- ¿Qué tal te ha ido el día, cariño?
- Pues verá usted, no muy bien, ya sabe, el mercado de valores está tan inestable últimamente.

A Silvia se le iluminó la cara, soltó un pequeño gemidito de placer, y se giró para cerrar la puerta del probador.

Ella sí echó el cerrojo.

- Felicidades, Silvia

- ¿Pues?
- Ya me he enterado de que le has colocado cuatro trajes a un tío.
- Ya sabes, habilidades que tiene una...

Silvia observó a Laura con desconfianza. "Estar cerca de una cotilla redomada es un arma de doble filo, puede ser peligroso, aunque a veces también es muy útil", pensó, y sin saberlo se estaba adelantando a los acontecimientos. Laura continuó haciendo preguntas sobre la extraordinaria venta, pero al ver que no sacaba rentas de aquel asunto decidió cambiar de tema:

- ¿Sabes lo de Goenaga?
- ¿Quién?
- Sí, mujer, Goenaga, el de "zapatería, señora", ya sabes, el calvito. Bueno, el calvito por decir algo, el calvorota.
- ¡Ah, sí! -recordó Silvia- ya caigo. ¿Qué pasa con Goenaga?

- Pues que le ha dejado la mujer, chica, después de catorce años. Está el hombre hundido.
- ¿Cómo de hundido?
- ¡Ay, chica! ¡Qué pregunta!, pues lo normal en estos casos, supongo.

Silvia se pegaba pequeños mordisquitos en el labio inferior mientras meditaba.

- Laura, ¿te importa cuidarme la caja un momento?
- Bueno, si no tienes "pa" mucho.
- No te preocupes, no tardaré.

Volver a casa por las noches era lo peor del día a juicio de Silvia. Roberto acudió a su encuentro con el delantal puesto, solícito como un perro faldero.

- ¿Y esa pinta?
- Ya ves, te estoy haciendo la cena.

- ¿Qué tal te ha ido el día?
- Perfecto, he cerrado el tema de Figueruela, y hay buenas perspectivas con lo de los alemanes.
- Tráeme la cena al salón, estoy cansada.

Después de cenar se acostaron enseguida, y Silvia apagó la luz, pero Roberto la encendió y empezó a besarle el cuello lentamente. Ella pensó en negarse, pero suspiró silenciosamente y se dejó hacer con resignación.

Cuando Roberto se quitó la camiseta pudo comprobar que se había vuelto a depilar el pecho, y que sus bíceps, trabajados con tesón en el gimnasio, seguían tan espléndidos como siempre.

Silvia cerró los ojos, y sintió todo el peso del éxito sobre su cuerpo, moviéndose arriba y abajo rítmicamente, como ejecutando una tabla de gimnasia. La nariz se le inundó con el suave aroma del desodorante de moda, y sintió como el éxito la empujaba, forzándola con suavidad a cambiar de postura.

Desconectó por completo, y se concentró en la lista de la compra para el día siguiente.

"No sé si comprar en el supermercado del barrio o acercarme al centro comercial con el coche", pensó.

El éxito gimió.

Silvia apretó aún más los ojos. Intentó recordar cuándo había cambiado sus gustos. Tal vez gradualmente, no lo sabría explicar, la cuestión es que ya sólo le atraía ese tenue erotismo que exhalan los perdedores.

SECRETOS DE FAMILIA

(De cómo se descubre que las cosas no son siempre lo
que parecen ser)

Mi abuela se quedó tesa en una silla de la cocina. Bueno, al menos de esa forma lo describía mi padre. “La vieja no sufrió”, le escuché decir en una ocasión, “se quedó como un pajarito con un ovillo de lana en una mano y un rosario en la

otra”. “La única putada del asunto es que el crío la descubrió antes que nosotros; lo encontramos mirándola con cara de alucinado”.

Mi abuela era muy tozuda, y aunque ya esté muy repetida esa frase, a ella se le aplicaba a la perfección aquello de ser más terca que una mula. Por más que mis padres insistían en que debía venir a la casa nueva con nosotros ella nunca aceptó. “No quiero ser un estorbo”, repetía machaconamente. “Tú no eres ningún estorbo, mamá”, le decía mi madre. Yo creo que mi madre pensaba todo lo que decía, pero no decía todo lo que pensaba. Mi padre en cambio se solía expresar con claridad en cuanto salíamos a la calle. “¿Es que la vieja no puede entender que queremos vender el piso?, ¡joder!”

Después de su muerte vino lo de la dichosa herencia. Yo no sabía que mi abuela tenía más dinero que un maharahá, y que la muy asquerosa no lo quería repartir. Tampoco había oído

nunca a mi tío Luis hablar así. Aunque también he de reconocer que nunca había visto al hermano de mi madre con traje y corbata. Yo siempre había asociado a mi tío Luis con el clásico conjunto de bermudas y chancletas. Claro que en este punto puede influir el hecho de que sólo nos veíamos en verano, en la tórrida tranquilidad del pueblo.

También me sorprendió la tía Cata, su mujer. “Las putas monjas”, repetía una y otra vez con la cara desencajada, “las putas monjas se lo van a quedar todo”. Yo siempre había pensado que mi tía Catalina era de esas mujeres de misa dominical que no falte, puede que incluso de misa diaria, y después una pastitas regadas con abundante vino *quinado*. No en vano mi padre la solía llamar “esa beata de los cojones”.

Mi abuela ya sabía que iba a morirse y yo también lo sabía. “Andresito, ven aquí”, me llamaba de vez en cuando. No me gustaba nada que me llamara Andresito, pero como el

humillante diminutivo solía ir acompañado de un billete elegantemente extraído de la manga me callaba y acudía solícito.

Por eso me extrañó mucho cuando una semana antes de su muerte me dijo: “Andrés, ven un poco que te tengo que contar algo”. Me acerqué a su silla, la pequeña silla de paja de la cocina traída del pueblo que mi abuela defendía a capa y espada frente a las modernas tendencias en decoración de mi madre. “Esa puta silla hay que mandarla a tomar por culo; si tiene polilla y vete a saber tú que más porquerías...”.

“Andrés, sé que sólo tú lo vas a entender, pero yo no aguanto más en esta ciudad. Yo era feliz en el pueblo”.

“Pero abuela, sólo faltan dos meses para que volvamos al pueblo para pasar el verano, ¿no te puedes aguantar?”

Estuvimos hablando mucho rato, me contó que la única razón por la que se empeñaba en quedarse en el piso viejo era joder a mis padres, que mi madre era una lumia y mi padre un

cabroncete que sólo pensaba en el cochino dinero. No sé si hace falta aclarar en este punto que en mi familia todos eran unos mal hablados.

Yo ya había visto antes ese brillo en los ojos de mi abuela, pero esa vez fue mucho más intenso. “¿Te acuerdas de aquellas hierbas que recogimos el verano pasado, Andresito?”. Ya volvía a las andadas con lo del nombre, se acabó la solemnidad, pero no me enfadé, porque a continuación mi abuela tejió el más diabólico plan que cabeza alguna pueda maquinar.

Lo del testamento no sé como lo resolvió. Yo sólo la oí murmurar algo sobre un picapleitos viejo amigo de la familia o algo así, antes de pedirme el teléfono inalámbrico, pero en otros segmentos del plan yo jugaba un papel importante.

Una vez a la semana íbamos a visitar a mi abuela. Mis padres no se fijaron en que me colé con rapidez en la cocina. En el ambiente flotaba un denso olor a almendras amargas. Aunque

había prometido no hacerlo me impresionó ver a mi abuela tan quieta, tan callada, con los ojos abiertos que conservaban aún parte de ese brillo de los grandes momentos. Retuve las lágrimas y seguí sus últimas instrucciones con precisión, y con una frialdad que aún hoy me asusta cuando la recuerdo. Enjuagué con rapidez su taza de infusiones y el pequeño cazo de calentar el agua, y abrí la ventana. Después cogí el papel que tenía en su mano derecha en el que me iba dejar instrucciones muy precisas para conseguir su dinero en cuanto cumpliera los dieciocho años. En ese momento se me planteó el único imprevisto del plan: la mano en la que me había guardado el papel había quedado en una postura un poco rara y no era capaz de cerrarla, así que opté por rebuscar en la cesta de la costura y poner en ella lo primero que encontré. Después me situé frente a mi abuela y puse la misma cara de tonto que llevaba tres días ensayando frente al espejo del baño. Mis padres no sé que andarían haciendo porque tardaron aún un par

de minutos en entrar. No sospecharon nada, y mi madre se echó a llorar mientras mi padre la abrazaba con ternura.

Por un instante tuve la fuerte sensación de que aquella cocina estaba llena de mentirosos.

Escena en el infierno. Sacher-Masoch se acerca al
marqués de Sade, y masoquísticamente, le ruega:
- ¡Pégame, pégame! ¡Pégame fuerte, que me gusta!
El marqués de Sade levanta el puño, va a pegarle,
pero se contiene a tiempo y, con la boca y la
mirada crueles le dice:
-No.

ENRIQUE ANDERSON IMBERT

MONÓLOGO PARA UN SONOTONE

Siete u ocho chavales jugaban a policías y ladrones,
midiendo la escueta superficie de la plaza a base de explosivas,
aunque breves, carreras.

Cándido se mesó los blancos cabellos, y con el rabillo del ojo escrutó la actitud de Emilio. Éste dividía su atención a partes iguales entre los niños y sus propias manos. Cuando no seguía la evolución de un ladronzuelo que, irremediablemente, iba a caer en manos de la ley en pantalones cortos, se entretenía evaluando los lentos pero implacables avances de la artritis en sus manos.

Cándido se removió inquieto sobre el banco de madera, y consultó su moderno reloj digital. No se acostumbraba a la ausencia de las sempiternas agujas, ahora sustituidas por dígitos parpadeantes. Suspiró, y decidió intentarlo una vez más:

- Emilio..., -se detuvo para tragar saliva, y con ella, una pequeña porción de su orgullo-, Emilio, no voy a andarme con zarandajas. Te quiero pedir perdón. Creo que ya sabes a que me refiero.

Ya no de reojo, sino directamente, Cándido clavó la mirada en su compañero, que parecía asentir con suavidad a

sus palabras; o tal vez simplemente se mecía, con indiferencia.

- Más que pedir perdón, te quiero dar las gracias por lo que hiciste aquel día. Creo que te debo la vida, y tal vez alguna cosa más...

De nuevo se le quebró la voz. No podía evitar emocionarse al intentar recordar con exactitud lo que día tras día se empeñaba en mutar en recuerdos borrosos.

- Ellos entraron en la casa de repente... Bueno, vosotros entrasteis en la casa de repente, debería decir. Tuve mucha suerte de que me dejaras marchar. Tú ya sabías que me encontraríais allí, e hiciste todo lo posible para que pudiera salir. Únicamente una cosa no te esperabas: que Marina estuviera conmigo en ese preciso momento...

Cándido se detuvo para tomar aire y coger el impulso necesario para continuar con su historia aunque fuera a trompicones.

- Tu cara mudó de color, y aun así te mantuviste firme en

tu idea inicial. Yo en ningún momento fui consciente de ello. Marina me lo explicó todo tres días más tarde, cuando bajé del monte; bastante tenía yo con lo mío en esos momentos. La verdad es que nunca me hubiera imaginado yo que a ti Marina te pudiera gustar.

Emilio giró la cabeza y sus miradas se cruzaron.

Cándido quedó a la expectativa, como agazapado, con el resto de la historia aún en la punta de la lengua: como todo el asunto aquel de Antonio, el del bar, que también le vio salir, pero tampoco se atrevió a denunciarlo. En su caso por cobardía, ya que ganas no le faltaban por el asunto aquel de las tierras. A pesar de tener más de una docena de hombres armados hasta los dientes en la habitación adyacente, se quedó mirando, quieto como una estatua de sal, sin atreverse casi a respirar.

Sin prisa, como si la imagen fuera reproducida con una exasperante cámara lenta, Emilio levantó un brazo hasta que la mano alcanzó su oreja derecha, y con un movimiento casi

imperceptible conectó el audífono.

- ¿Decías algo?

Cándido meditó unos instantes, rebuscando en el fondo de su mente perpleja una respuesta adecuada y mínimamente digna.

- No, no decía nada.- musitó finalmente- No decía nada...

Emilio esbozó un tenue amago de sonrisa, se removió buscando una mejor postura en el duro banco y apagó de nuevo el audífono. Como muchas otras tardes siguió contemplando los juegos de los críos, que precisamente en esos momentos asesinaban sin piedad al general Caster; una vez más se examinó los dedos artríticos como si en media hora la dolencia hubiera avanzado significativamente, y sin más, continuó con su pequeña venganza cotidiana.